



EL SACAMUELAS.

PERIODICO JOCO-SERIO;

DE TODO MENOS POLITICA Y RELIGION.—SALE LOS DOMINGOS.

Lo que son ciertas cosas.

Nunca, nunca en la vida nos ha sucedido otra mas particular.

Vaya una rareza!

En el momento mismo de escribir el epígrafe de este artículo, multitud de ideas han invadido tumultuariamente nuestra cabeza.

Pero con qué tropel, con qué desórden, con qué furia, cielo santo!

Y qué modo de zumbiar y de chillar, de alzarse y revolverse y amontonarse; y vuelta á gritar y á confundirse y á arremolinarse.....

Qué es esto, Dios mio!—hemos pensado, un tanto sobrecogidos de terror, al observar el rudo y violento modo de manifestarse que tienen nuestras ideas.

¿Cual será el motivo *justo*, la *razon legal* de ese alboroto?

¿Cual la causa eficiente de esa confusion y ese trastorno?

Discurramos.

Es.....

Ah! sí, sí; ya lo adivinamos.

Es un pronunciamiento!

Y un pronunciamiento que, sin pensarlo hemos provocado nosotros mismos con el epígrafe de nuestro artículo.

Es que las ideas existen aherrrojadas, oprimidas, esclavas, y quieren á toda costa recobrar su libertad.

Es que las ideas llevan sufrido el largo y terrible martirio de la sinrazon, y alzan su voz dolorida hasta los cielos.

Es que las ideas se hallan vilipendiadas y escarnecidas por todas partes, y reclaman de los hombres la consideracion y el respeto que se merecen.

Es que las ideas se ven despojadas de sus legítimos derechos, y esponen los títulos de su sagrada creacion para ver de revindicarlos.

Es que las ideas tienen recibida la grave ofensa de la *corruptibilidad*, y quieren manifestarse en *juicio* para obtener la debida reparacion.

Es que las ideas arrastran vergonzosa servidumbre viviendo á merced del egoismo y la arbitrariedad, y desean ser manumitidas para ostentar sus derechos y hacer gala de su soberanía.

Es que las ideas han sido rechazadas por el mundo material y metalizado, y pretenden combatir contra él.

Es que las ideas han sido desheredadas del fuero *general* por miedo á la subversion, y quieren probar su amor al orden.

Es que las ideas han sido acusadas de haber fomentado el paganismo en ciertas esferas, y luchan y se afanan por defenderse demostrando que solo el alejamiento de las ideas es lo que mata la fé.

Es que las ideas han sido calumniadas de conmovedoras y disolventes, y tratan de volver por su honor mancillado, acreditando con testimonios irrecusables que ellas tienden principalísimamente á mantener incólume el reinado de la justicia, que es el de la razon y la verdad.

Es que.....

Alto ahí!—hemos dicho á nuestras ideas, en vista de tal alboroto y de la larga esposicion de sus razones.

Alto ahí! que no puede con tanto nuestra cabeza.

Legítimos, en verdad, son los derechos que alegais ante la humanidad.

Cierto que sufris mucho:

Que se os mancha:

Que se os escarnece:

Que se os calumnia:

Que se os priva de la razon:

Que se os aprisiona:

Que se os esclaviza:

Que se os roba la libertad.

Teneis razon.

Pero calmaos, callad.

Prontos estamos nosotros á haceros justicia. Ordenaos, pues.

Hemos dicho, y ¡oh asombro! nuestro mandato ha sido en el instante obedecido.

La agitacion de nuestras ideas se ha calmado,

Ya felizmente se ha restablecido el orden. Ay!! cómo se dilata nuestro corazon y se despeja y refresca nuestra cabeza!

Aprovechemos los momentos ahora que hemos conseguido pacificar nuestras ideas.

Escribamos algo con tranquilidad y desembarazo mientras dura la discusion que las ideas han provocado en una famosa conferencia.....

Las *conferencias* en el dia, carísimos lectores, son una gran cosa.

Y sin embargo, por nuestra parte, y con perdón de nuestras ideas que ahora no nos pueden aconsejar porque están muy ocupadas, suprimiriamos de real orden *todas* las conferencias.

Qué pocas cosas buenas salen de las *conferencias*! Se sobreentiende, de *ciertas* conferencias.

Empecemos por las conferencias diplomáticas.....

Señor fiscal; un poco de indulgencia.

¿No? pues adelante.

Las conferencias de los médicos, en ocasion de consulta para propinar remedios á un enfermo de peligro, que siempre concluyen por apuntar *uno mas* en la lista de los muertos.

Las conferencias de acreedores, que no tienen otro objeto que llevarse hasta la gorrera de dormir del deudor.

Las conferencias de los pretendientes, *sin voto*, con los diputados de su provincia, que acaban por *acabar* la paciencia del hombre mas cachazudo del mundo, aunque sea el mismo Job en persona.

Las conferencias de los *padres graves*.....

Las conferencias de los políticos de *circunstancias*, en que solo se trata de amoldarse á las idem, y á *vivir*! haciendo cuenta de que este mundo otro lo ha de heredar.

Las conferencias de litigantes y abogados, en que aunque el pleito se gane, *se lleva perdido el pleito*.

Las conferencias de los amantes, que siempre son peligrosas.

Las conferencias de mugeres solas, en donde la *tigera* anda muy lista.

Las conferencias de los criados, en que se conspira sin piedad ni tregua contra los amos.

Las conferencias de los viejos, que rara vez dejan de ser impertinencias y chochees.

Y por último, las conferencias de *ciertos* mogigatos, de que Dios nos libre, que mas que *otra cosa* son una gran calamidad.

Lo decimos francamente; no estamos por las *conferencias*.

Por que las *conferencias* son foco, por lo comun, de muchos males.

Sobre todo, porque en las *conferencias* la buena fé existe dificilmente.

Y además, porque las *conferencias* suponen cierto secreto, y nosotros estamos muy mucho por la publicidad.

Que así, y con auxilio de nuestras ideas, que segun parece se ocupan ahora de la reunion de materiales para el próximo artículo que escribamos, podremos poner de manifiesto ante el tribunal de la opinion pública, que todo lo juzga, *lo que son ciertas cosas*.

EL PRACTICANTE.

Á PACA.

MIS RECUERDOS.

¿Por qué recuerdos crueles
De mi ventura perdida,
Venis á mi mente herida
Para aumentar mi afliccion?

¿Por qué continuo asaltais
A mi espiritu doliente,
Y me mostrais tristemente
Llevo muerto el corazon?

¿Por qué cuanto mas me obstino
En borraros de mi seno,
Os empeñais mas de lleno
En hacerme padecer?

¿Por qué seguis inhumanos
Paso á paso mi existencia,
Y poneis en mi presencia
La pasion de una muger?

Huid falaces visiones,
Huid doradas mentiras,
Huid....., no vuestras iras

Dadme ya mas á probar.

Que harto me habeis abatido,
Harto me habeis enlutado,
Harto me habeis amargado
Y me habeis hecho llorar.

Cerró la dicha su cielo
Para mí, cuando corria
Con inocente alegría
Tras el bien en que creí;

Y era una muger mi encanto
Era una muger mi vida,
Era mi gloria cumplida
Mi deleite y frenesí.

Me estasiaban sus acentos,
Su mirada me mataba,
Su aliento me enagenaba
Con suavísimo dulzor,

Y era mi pecho su templo,
Era su pátria mi mente,
Donde vivia eternamente,
Dando existencia á mi amor.

Entonces todo tenia
Ante mis ojos belleza,
Y era la naturaleza
De hermosura sin igual;
Las flores dulces aromas
Desmayadas desprendian,
Las blandas auras movian
Del terso arroyo el cristal.

El dulce canto del ave
Que llama á su compañera
Con voz tierna y hechicera
A la copa del cedron;

El eco grato que forma
El liquido de la fuente,
Que entre los juncos se siente
Correr con mansa estension:

La tibia luz con que sale
La estrella de la mañana,
Vestida de rosa y grana
Que anuncia el alba venir;

Los celages do recuesta
Febo su régia frente,
Cuando muere en occidente
Entre nubes de zafir;

El arrullo de la tórtola
Que enamorada suspira
Cuando á su lado no mira
Al objeto de su amor,

Y con quejido inocente
Volando de rama en rama,
Inquietamente lo llama
Con acento de dolor:

Todo á mi alma halagaba
Y en todo via la pintura
De la sin par criatura
A quien rindiera mi amor;
Y en los pliegues de la noche
Y en los suspiros del dia,
Y en la suave armonia
Que modula el ruiseñor;

Y en los alegres gorgoros
Que al despuntar la mañana
Entona alegre y ufana
La golondrina al volar;

En todo, en todo mi mente
Mil ilusiones hallaba,
Y todo me convidaba
Lánguidamente á gozar.

Entonces mi vida era
Como el mansísimo arroyo,
Que sin hallar un escollo
Correr tranquilo se vé,
Por entre alfombras de flores
Que se inclinan á besarle
Para mas enamorarle
Y que él su espuma las dé.

Pero cuán pronto esta dicha
Como relámpago huyó!
Cuán fugáz me abandonó!
Cuanto he podido llorar.....!!

Cuán ligero conocí
Que el amor de la muger,
Da un eterno padecer
Por un soñado gozar...!!!

Desde entonces en mis venas
Corre por sangre, veneno,
Y siento el corazon lleno
De martirio fallecer;
Y me es la existencia odiosa,

Y me es la vida pesada,
Y quiero, y... no quiero nada
Solo quiero á esa muger.

Muger que en mis sueños vive
Y que apesar de su engaño,
Su mirada me hace daño
Y me inquieta el corazon,
Y apesar de los esfuerzos
Que hago para olvidarla,
No puedo... no puedo odiarla,
Me facisna la razon.

Por eso murió el encanto
De mis juveniles dias,
Por eso mis alegrias
Se huyeron para mi mal.

Y ni el cielo y las estrellas,
Ni las fuentes ni las flores
Ni los cánticos de amores
Que en su ardor vierte el zagal;

Ni la tierna filomena
Que entre los árboles canta,
Ni el Aguila que levanta
Su vuelo á la azul region,
Ni el valar del campesino
Y lanudo corderillo
Que á los pies del pastorcillo
Le mira con atencion;

Nada basta...! triste suerte!
A contenerme la pena
Que mi razon enagena
Y que me obliga á llorar,
Y siempre en mi mente fija
Llevo la imagen gravada,
De esa muger adorada
Sin que la pueda olvidar.

Aun me parece que escucho
Su arrebatador acento,
Aun me parece que siento
De su presencia el ardor,
Aun en mi alma resuenan
Sus juramentos mentidos;
Aun perciben mis oidos
Las protestas de su amor.

Y ¿no es harto todavia

El tener el pecho yerto,
 Y dentro un corazón muerto
 Que vive solo al pesar;
 Que aun venís inhumanos
 Recuernos de mi ventura,
 A duplicar mi amargura,
 A duplicar mi penar...?

Basta... huid... os lo suplico,
 Os lo demando, os lo ruego,
 Ved mis lágrimas de fuego,
 La palidez de mi faz;
 Y esto os obligue á dejarme
 Con la letal agonía,
 Que viene en mi compañía
 Con fiero ahinco tenaz.

.....

Mas si es mi crudo destino
 Vivir á vuestro alvedrio,
 Y en el pecho el hierro frio
 De vuestro encono sentir,
 Os sufriré muy gustoso
 Y alabaré vuestra ira,
 Pues que es dulce la mentira
 Que me conduzca á morir.

GATILLO.

De UN RAMO DE ORTIGAS tomamos el siguiente artículo.

LAS TIENDAS.

«¡Ay de tí, Madrid!» decía
 San Vicente el de Ferrer.
 «Cuando todo seas tiendas
 En tu confusa Babel».

(BRETÓN DE LOS HERREROS.)

No señor, no hay que cansarse; digan lo que quieran autores respetabilísimos en la materia, el flaco de las mujeres no es ni la curiosidad, ni la afición á cortar á toda alma viviente, no digo sayos, sino capas de coro con dos varas de cola, ni su proverbial é innata volubilidad, ni aun su constante anhelo de parecer siempre bonitas y de que alfombren su camino de flores y piropos: todos estos flacos son *peccata minuta*, átomos invisibles y globulillos homeopáticos, al lado de otro flaco, que ya de puro flaco es un gor-

do y gordísimo defecto, origen de más de una reyerta conyugal y de más de un rompimiento completo, que es el trueno gordo con que finalizan en el hogar doméstico las funciones de fuegos y luces de Bengala, álias palizas, peloterías y demás diversiones por el estilo.

Ya habreis adivinado que el flaco á que me refiero es el amor desmedido á los trapos, que son el anzuelo con que el enemigo malo, que ya sabe donde le aprieta el zapato, pesca á las incautas hijas de Eva; las verdaderas redes de Satanás, conocidas bajo los nombres de *zuavas*, *capotas*, *foulards*, etc., etc., que forman un ejército mas numeroso que el de Jerjes y mas temible para los papás y maridos que todas las hordas de cosacos y de beduinos del mundo.

Si nuestra glotona madre Eva hubiera vivido en el siglo XIX, apuesto tres contra uno á que la serpiente, en vez de tratar de seducirla induciéndola á que comiera una manzana, que por hermosa y madura que estuviera, al fin y al postre es una fruta de que en los tiempos presentes podría atracarse á costa de muy poco dinero, hubiera desplegado ante sus ojos un magnífico córtice de vestido chiné ó algun pañolon de chinos de Manila, segura de conseguir el mas satisfactorio resultado.

¡Felices tiempos aquellos en que toda la ambicion de la mujer se cifraba en una manzana! ¡Feliz mil veces Adán que nunca supo lo que eran volantes ni talmas, ni terciopelos!

La *tiendomania*, hermana de la *dineromania* y tia carnal de la *vaporomania*, *polquiomania* y demás gentecilla menuda que ha venido en el siglo actual á sustituir á la *conventomania* y *oscuromania* de nuestros abuelos, es una de las enfermedades que ofrecen síntomas mas alarmantes para el porvenir.

Entiéndase que en el presente articulejo solo hablo de las tiendas por excelencia, *di primo cartello*, de las tiendas revolucionarias en que se regenera la camisa ó el gorro de dormir; de las tiendas logogrifos, que para solaz de los aficionados á las charadas ó al rompecabezas, lucen sobre su entrada grandes muestras con los letreros de *á las cinco pppppp* ó *á las dos rr*, *tres kkk* y *cuatro xxxx*.

Trata un propietario de levantar una casa; pues lo primero en que piensa es en abrir unas cuantas tiendecitas en la planta baja del edificio. El portal será un portal en miniatura, largo y estrecho como un espárrago; la escalera tendrá que recibir de lo alto algunos rayos de luz para que el que ascienda no reciba detrimento en la parte mas sa-

liente de su persona; los habitantes del cuarto entresuelo gozarán del singularísimo privilegio de tocar el cielo con la mano; convenido; pero esas son pequeñeces en que no repara el leonino gremio de caseros á trueque de tener por inquilino á algun almacenista de *bisuterías* ó á algun *confeccionador* de novedades para señoras y niños.

La sociedad, la moral, las luces del siglo, la economía política y doméstica, y hasta el orden público piden á voz en grito que desaparezcan esos focos de perdición y de lujo; que se destruyan hasta los cimientos, sin que quede ladrillo sobre ladrillo, cuantas tiendas encierra en su recinto la coronada villa; que se pase el arado sobre sus ruinas, que se siembre de sal el terreno que ocupaban, que... pero ¿á dónde voy á parar? ¿Y qué iba á ser entonces de nuestras lindas prójimas, de esa mitad del género humano, madrileño sobre todo, que ya miro subleada contra mí, y que cifra uno de sus mayores goces y venturas en ir de tiendas?

¡Ir de tiendas! frase mágica que las mujeres traducen por ir á la gloria, y los papás y maridos por ir via recta á San Bernardino.

La mujer va de tiendas con el mismo placer con que el estudiante va de vacaciones, el militar de capitán general á la Habana, el celoso cofrade de porta-estandarte en las procesiones, y el enamorado de facción hácia la casa de su amada.

En cuanto á mí, prefiero que me emplumen á ir de tiendas.

Las calles de Espoz y Mina, Cármen, de la Montera y contiguas son los mares mas frecuentados por las urcas femeninas; mares que, efecto de sus innumerables bancos, sirtes y remolinos que hacen sudar la gota tan gorda á los desdichados timoneros, tardan á veces en surcar mas tiempo del que necesitó el pobre Cook para atravesar las heladas corrientes del polo.

Aquí la quilla tropieza en un aderezo de brillantes; allí el palo mayor se troncha al enfilarse el estrecho de *Cachena*; mas allá hace agua al doblar el cabo de *Madame Chavany*, ó vara en el banco de *Samper*. ¡Dichoso el barco que arriba al puerto sin averías gruesas, y mas dichoso el piloto que timon en mano logra que el buque no dé con él á pique!

Preciso es confesar, no obstante, que la mujer tiene muy desarrollado lo que llamaria *Gall* el órgano de la *comprabilidad*, y es como decimos los españoles en nuestro castizo idioma una *especialidad* para el ramo de compras. Recorre todas las tiendas, obliga al hortera á revolver todo el almacén, pide de lo mas caro aunque no haya de com-

prarlo, tiene buen cuidado de llamar *manchon* al manguito, *pardesús* al sobretodo y *trousseau* al equipo de novia: regatea hasta el último maravedí, y atraviesa por fin de fiesta la Puerta del Sol con grandes envoltorios en la mano (las mas veces lienzo casero), con aire triunfal, y mas ufana que un cochero de alta clase en dias de besamanos, ó un teniente novato cuando vuelve de la parada al frente de su mitad.

Entremos, si te place, en esa tienda de modas en pos de la señora que va del brazo de ese caballero, que á juzgar por su cara mústia y compungida debe ser el esposo, y prácticamente veremos lo que hay de verdad en mi aserto. Oigamos la conversacion que se entabla entre el dependiente (suena mejor que hortera), el marido y la señora.

LA SEÑORA. ¿Diga V., tiene V. cortes de esos vestidos de moda con dibujos de oro?

EL DEPENDIENTE. Hará media hora que acaba de llegar una multitud de ellos de Paris. y ya no queda mas que uno.

EL MARIDO. (*Aparte á la señora.*) Pero eso tiene trazas de ser muy caro. ¿No habria otra tela mas barata?

LA SEÑORA. Calla, simple, ¿qué entiendes tú de telas ni de modas?

EL DEPENDIENTE. La duquesa del Lirio me ha tomado dos cortes; la baronesita del Junco tres... usted quizá las conozca.

LA SEÑORA. Muchísimo. Saque V. el corte, á ver si nos arreglamos.

El marido hace un gesto parecido al del infeliz á quien van á sacar una muela.

EL DEPENDIENTE. (*Extendiendo la pieza sobre el mostrador.*) Esto quita la vista; no hay en todo Madrid cosa mas superior.

LA SEÑORA. (*Al marido.*) ¡Mira que bonito! ¿Qué dibujos tan preciosos!

EL MARIDO. Sí, sí, muy bonito, pero me parece algo chillón.

EL DEPENDIENTE. Es la *dernière*: estoy seguro, si Vds. no lo llevan, despacharlo á los cinco minutos.

LA SEÑORA. ¿Y el precio?

EL MARIDO. (*Aparte.*) Aquí es ella.

EL DEPENDIENTE. Para no andar en rodeos se lo daré á V. lo mas barato que pueda, lo último, lo último en cuarenta duros.

EL MARIDO. (*Aparte.*) ¡Fuego!

LA SEÑORA. ¿Cuarenta duros! ¿Está V. loco?

EL MARIDO. Hombre de Dios, ¿está V. loco?

EL DEPENDIENTE. (*Al marido.*) Pero toque V., tiene muchísimo cuerpo, y es una tela riquísima.

LA SEÑORA. Yo conozco á una señora amiga mia que ha comprado otro idéntico por treinta duros.

EL MARIDO. (*Dándola un pellizco.*) No suel-

tes prenda.

EL DEPENDIENTE. Francamente, no puedo darlo bajo de los cuarenta.

EL MARIDO. (Agarrando del brazo á su señora.) Pues que V. lo pase bien.

LA SEÑORA. (Yéndose.) ¿Quiere V. treinta y uno.

EL MARIDO. (Aparte.) ¡Santa Tecla!

EL DEPENDIENTE. No puede ser.

EL MARIDO. Vamos, vamos á casa, que es ya muy tarde.

LA SEÑORA. (Con la mano en el picaporte de la puerta vidriera.) A dos onzas es á lo mas que subo.

EL MARIDO. (Tratando de sacarla á remolque de la tienda.) Ya te ha dicho que no puede darla á ese precio: ¡qué pesadez!

EL DEPENDIENTE. Siento no poder complacer á usted.

LA SEÑORA. Pues quede V. con Dios.

EL MARIDO. (Con el pié derecho fuera de la tienda.) Respiro.

EL DEPENDIENTE. ¡Eh señora! á treinta y ocho y cuartillo.

EL MARIDO. (Que retrocede dos pasos arrastrado por su señora.) Nada, nada; no se canse V.

LA SEÑORA. Dos onzas, y está bien pagado.

EL MARIDO. (Aparte.) ¡Uf ¡qué zaraqueo!

EL DEPENDIENTE. Vamos, señora, vuelva V.; no quiero que su señor esposo pierda esta ocasion de hacerla tan bonito regalo.

EL MARIDO. (Aparte.) ¡Ah infame hortera! qué ganas me dan de calentarte de lo lindo las orejas.

EL DEPENDIENTE. Porque es el último corte se lo doy á V. tan barato; no se lo diga usted á nadie.

Excusamos asistir al resto de la escena, el mas sangriento para el marido, pero el menos importante para nuestro objeto.

Conveniente me parece que tratemos ahora del origen de las tiendas, su nomenclatura, é influencia moral y social.

Allá entre los egipcios... ¡pero calle! ¿quién es el atrevido que abre la puerta de mi cuarto, y se cuele rondón?

—Señorito, esta esquelita han traído para usted.

—Venga acá, muchacha.

•Rafael, si quieres verme y obtener una respuesta satisfactoria, ven corriendo, y nos acompañarás á tiendas á mi mamá y á mí.

MARÍA. •

Quedamos en los egipcios. Adios, lector mio, que me voy de tiendas.

EN LA TEMPRANA MUERTE

DE LA SEÑORITA

DOÑA SOLEDAD LOPEZ GOMEZ.

Dichosa tú que lejos de este suelo
Que solo al llanto y al dolor couvida,
Supiste pura levantar el vuelo,
Trocando los dolores de esta vida
Por gozes inefables en el cielo.

GATILLO.

A PEPA.

Desde aquella hermosa tarde,
¡Dos años hace ya, Pepa,
Del mes de Mayo, en la que
Te vi ostentando, ¿te acuerdas?,
Entre jazmines y rosas,
Nardos, aronias, violetas,
Tulipanes, siempre-vivas,
Amarantos, azuzenas,
Alelies, arrayanes,
Dálías, magnolias, diamelas,
Y otra multitud de flores,
Tu incomparable belleza;
Tal *fluxion* tengo en la boca,
Y tal *dolor* en las muelas,
Que me parezco á los gatos
Un mes antes de cuaresma;
Y lo que mas me fastidia,
Me aburre y me desespera
Es un maldito *quijal*
Que *masticar* no me deja,
Al cual tendré que aplicarle
En breve la *llave inglesa*
Si tu *licor odontálgico*
Compasiva no me prestas,
Y con él aquel se *afirma*
Y se estinguen mis dolencias.
Ya sabes lo que padezco,
Obra tú ahora como quieras;
Pero aunque tu pensamiento
Contrario á mi anhelo sea,
Por mi dolor te suplico,
Que no esquives la presencia

De quien por ti está sufriendo
¡Hace ya dos años, Pepa!

VARIEDADES.

SIGUEN LAS FIRMAS.—No pasa día en el que alguna persona de las que viajan por la vía férrea de esta capital á la corte y vice-versa, no tenga que lamentar la pérdida de su equipage; en vista de este escándalo inaudito; hay quien tema mas hacer ese viage, que se temia en tiempos el pasar la garganta de Crevillente. Las causas de lo que entonces ocurría y ahora acontece, no podrán ser las mismas, pero los efectos son muy parecidos, salvo ciertas indemnizaciones que se hacen, siempre, con enorme perjuicio de tercero.

Justo seria que, por quien corresponda, se pusiera un pronto correctivo á estos abusos hijos de una punible negligencia.

¿SI LO ENTENDERÁN?—Hace algo mas de un año, que deseando un curioso enterarse de lo que contenía una *botella*, que en la *alacena* de un SACAMUELAS habia, aprovechó un descuido de éste y aplicó las *narices* al *tapon* de aquella, por si *oliendo* podia ver satisfecha su necia curiosidad. El resultado de tan imprudente paso no fué otro que el que la mano derecha del maestro se dejara *sentir* incontinenti en la mandíbula izquierda de aquel pobre diablo, que avergonzado tal vez de su yerro no tuvo valor para decir *esta boca es mia*. Sabemos que olvidando ese percance, que no debería haber olvidado nunca, acaba de dar otro paso parecido al primero, con el cual se ha espuesto á sufrir una *operacion* todavia mas peligrosa que la que ya habia experimentado. En vista pues de que no se arrepiente, bueno será prevenirle que se ande con cuidado, porque de su conducta pende el que conserve ó no sus ya *trasteadas* barillas, las que, si no se enmienda, serán irremisiblemente desbaratadas. Aprenda si no lo sabe, y hágalo así entender á los que con él andan en golondros, que ciertos *liquidos* deben tratarse con mucho respeto, porque el menor descuido puede ocasionar la *cáries* á los que los inspeccionan, y hasta *páruis* debajo de la lengua, en cuyo caso está corre un inminente peligro.

Quién es ese farfanton,
De aspecto tan cargante,
Que se muestra tan pedante
Con damas de posicion?
¿Ese?... Cristoval Colon.

EPÍGRAMAS.

Sali yo de caza un día
Allá en cierto lugarejo,
Y á Juana de Mongobriejo,
La dije que si queria,
Una perdiz ó un conejo.
Pronto me dió la respuesta;
La perdiz dijo, prefiero,
El conejo no lo quiero,
Porque ese bicho, me apesta.

Blas y su muger un día,
Armaron una camorra,
Porque el buen Blas no queria
Llevar sombrero, y sí gorra.
La gorra no llevarás
Dijo la muger furiosa,
Solo sombrero usarás,
Que el sombrero es una cosa
Mas decente y... . tapa mas.

TELÉGRAMAS.

INTERIOR.

Segun dice un parroquiano
El beber leche es insano
En cierto establecimiento,
Pues lleva el treinta por ciento
De agua, y el veinte de *guano*.

ESTERIOR.

Isla de San Balandran:
Hay aquí mil pretendientes,
Que piden, y no les dan,
Requeson, marisco ó pan,
Con que entretener los dientes. (1)

(1) En cambio hay otros que comen á dos carrillos.

Editor responsable,
Vicente Riera y Rueda.

MURCIA. Imprenta de Leandro y Vicente Riera,
calle del Príncipe Alfonso número 55.